

La fuerza de la palabra y del ejemplo

Por Nancy Crespo
(ncrespob@gmail.com)



A lo largo de mi vida profesional he tenido la oportunidad de ser consejera de muchos profesores jóvenes. He tenido también la suerte de aprender mucho de ellos, de esas ganas de cambiar el mundo que a veces nos invaden cuando tenemos nuevos niños, cuando llegamos a una escuela nueva, o simplemente cuando amamos lo que hacemos.

Una de las recomendaciones que siempre he dado es la de emplear la lectura como una herramienta de desarrollo del pensamiento, pero también como medio para despertar la sensibilidad de los estudiantes. El uso de la palabra como medio de conexión y crecimiento con el otro va más allá del área de Lenguaje o Literatura; es un complemento existencial con el entorno, es lo que se denomina arte.

Descubrir y admirar con la boca abierta la belleza de una canción, de una pintura debería también sentirse cuando se lee algo bello, algo que nos conmueve, que nos despierta. Por ello, la lectura no debe ser un ejercicio de imposición, sino más bien una práctica de placer, de deleite. Me gusta mucho una pieza de piano de Wladyslaw Szpilman; la puedo escuchar diez veces en el día. Me produce tal fascinación, que simplemente disfruto al oírla una y otra vez.

No obstante, he tenido la misma experiencia con la literatura, con poemas de Benedetti, con obras de Carlos Fuentes, Isabel Allende, Ane Rice, entre otros. Es decir, llegar a generar sensibilidad hacia la palabra es también posible y necesario en la vida.

Si bien es cierto que la literatura nos puede brindar un sinfín de ventajas, como el desarrollo intelectual, el mejoramiento del uso del lenguaje, el desarrollo de la creatividad y más, como docentes debe-

“La literatura no es otra cosa que un sueño dirigido”

Jorge Luis Borges

mos tener muy claro que leer es más que tomar un libro y solo leerlo, ya que la literatura nos ha ayudado como seres humanos a dominar el lenguaje asociado al pensamiento (Colomer, 2010). La palabra es un recurso casi mágico que a través de la literatura nos permite dar un significado a la realidad, así como describir lo que pasa dentro y fuera de uno mismo (Applebee, 1978).

No en vano, este reconocimiento sobre la importancia de la literatura infantil tiene más de un siglo. Ane Marie Chartier en 1882 ya mencionó la necesidad de incluir literatura infantil en los sistemas escolares. Para un niño, el uso de la palabra implica también el uso de las primeras reglas, de las primeras normas sociales.

El uso del lenguaje le empieza a dar poder. Con el uso de cada palabra, el niño descubre que puede pedir objetos, besos, atención, pero también que puede decir no, que puede herir y dominar; es decir,

descubre la fuerza y el poder de la palabra. Ese poder es el que de alguna manera requiere instrucción, guía adecuada y sobre todo entendimiento. Cuando un niño enfrenta dificultades para asumir adecuadamente su proceso de lectoescritura, este inconveniente puede afectar de manera dramática todo su proceso educativo, porque la lectura es el medio idóneo para llegar al conocimiento.

Pero es vital que como profesores tengamos muy en claro que la relación entre aprender a leer, la lectura como tal y la literatura debe ser tratada de manera muy especial. Mezclar la belleza de la palabra con reglas gramaticales y análisis sintácticos puede generar estudiantes que acaben detestando cualquier tipo de libro.

De manera no intencional podríamos generar tedio y desidia en la actividad, que debería ser la más placentera y estimulante, como lo es la lectura.

Es importante entonces cuestionarnos, ¿por qué si los niños aprenden a leer correctamente y reciben libros y lecturas desde sus inicios escolares no se forman como lectores? ¿Por qué en la adolescencia se alejan en su mayoría de esta práctica

y básicamente la abandonan cuando son adultos? ¿Estamos formando lectores o estamos haciendo que los estudiantes lean por leer?

Enseñar algo sin un razonamiento de por medio, sin una reflexión adecuada nos lleva a aprendizajes leves y superfluos.

Cuando tengamos la posibilidad de hablar con nuestros estudiantes y podamos compartir con ellos la fascinación y emoción que nos produce leer, podremos enseñar con el ejemplo; esto solo fundamenta el principio educativo que alguna vez María Montessori mencionó: “Uno no puede dar lo que no tiene”, y si como docentes no disfrutamos del placer de leer, de cargar siempre un buen libro o de ser sinceros respecto a lo que la literatura nos produce, no podremos formar lectores.

Quizás esta sea la clave: descubrir en nosotros mismos ese gusto por leer, aprender a enamorarnos de un buen libro y compartirlo con emoción.

De esta forma, podríamos transmitir con la palabra –y sobre todo con el ejemplo– lo valioso que es leer un buen libro y las maravillas que este puede dejar en nuestras vidas.



Quizás esta sea la clave: descubrir en nosotros mismos ese gusto por leer, aprender a enamorarnos de un buen libro y compartirlo con emoción.

Referencia

Applebee, A.N. (1978). *The child's concept of story: Ages two to seventeen*. Chicago, IL: University of Chicago Press.

Colomer, T. (2005). *Andar entre libros: la lectura literaria en la escuela*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.